

Estado»), procuré distinguir entre el arte que expresa las creencias, ideas y valores de una comunidad y el arte estatal. Ejemplo de lo primero fueron el arte griego en el período de la democracia ateniense y el arte religioso medieval. Le leeré un párrafo de lo que digo en ese texto: «el arte griego» —me refería a la tragedia clásica y a la comedia de Aristófanes— «participó en los debates de la ciudad porque la naturaleza misma de la *polis* democrática exigía la libre opinión de los ciudadanos sobre los asuntos públicos... El arte gótico (lo mismo puede decirse del románico) no fue obra de Papas o de Emperadores, sino de las comunidades, las ciudades y las órdenes religiosas...». Y concluía: «Las relaciones entre el Estado y la creación artística dependen, en cada caso, de la naturaleza de la sociedad a que ambos pertenecen. Pero en términos generales el examen histórico corrobora que no solamente el Estado jamás ha sido creador de un arte de veras valioso, sino que cada vez que intenta convertirlo en instrumento de sus fines acaba por desnaturalizarlo y degradarlo. Así, el *arte para pocos* casi siempre es la libre respuesta de un grupo de artistas que, abierta o solapadamente, se opone a un arte oficial o a la descomposición del lenguaje social. Góngora en España, Mallarmé ante los filisteos del Segundo Imperio y la Tercera República, son ejemplos de artistas que, al afirmar su soledad y rehusarse al auditorio de su época, logran una comunicación que es la más alta a la que puede aspirar un creador: la de la posteridad».

He defendido el «arte para pocos» no por una superstición aristocrática o elitista, sino porque siempre implica una protesta y una negación del gusto oficial. Esto es particularmente cierto en la época moderna, desde el simbolismo hasta nuestros días. Cuando se habla de la crítica a la sociedad moderna, la mayoría se refiere a los economistas, los sociólogos, los psiconalistas y otros profetas. Sin embargo, las descripciones y retratos más veraces y profundos de la sociedad contemporánea y de sus vicios, deformidades e iniquidades, han sido obra de grandes escritores y poetas. Un Kafka, un Eliot, un Proust. Y hay algo más: la vida secreta del hombre y de la mujer del siglo XX, los sentimientos de amor, odio, la atracción física, la fascinación por la muerte, el ansia de fraternidad, el asco y el éxtasis, todo ese universo que es cada ser humano, ha sido el tema de los poetas y novelistas contemporáneos. Es un mundo que no ha sido estudiado ni tratado por los pensadores políticos modernos y aún menos por los sociólogos y los economistas. Para conocer, lo que se llama *conocer*, al hombre moderno, no hay que leer un tratado de economía sino una novela de Faulkner o un poema de Neruda.

Hay una anécdota de Lenin que a Revueltas le gustaba contar y que a mí me escandalizaba. Según parece, oyendo una sinfonía de Beethoven, Lenin dijo: «No habría que oír esta música pues al oírla dan ganas de abrazar

al vecino, incluso si es un burgués. Y en esta época no hay que abrazar sino golpear». La pedagogía de los bolcheviques era cruel y terminó en la construcción de inmensos campos de concentración que les parecían «escuelas de reeducación por el trabajo». La poesía ha sido la gran ausente del pensamiento político moderno. ¡Y así nos ha ido! Una de las cosas reconfortantes de Marx es la frecuencia con que cita a los grandes poetas. A casi todos los marxistas del siglo XX —y a los politólogos de otras tendencias— se les ha olvidado que el hombre es un ser de pasiones, sentimientos, sueños, deseos, impulsos conscientes e inconscientes. Olvidar todo esto, en la esfera de la política, lleva a la deshumanización.

Si después del fracaso del socialismo autoritario nace un nuevo pensamiento político, tendrá que incorporar toda la herencia viva de la poesía y la literatura de la edad moderna. Aquel que quiera saber algo de los hombres, deberá leer a Shakespeare: ahí está develado el misterio de la política... El tema de la enajenación ha sido incansablemente tratado, después de Hegel, por sociólogos, psicólogos y por muchos escritores políticos. Todas esas lucubraciones palidecen ante *The Waste Land*. El poema de Eliot nos revela la desolación de la ciudad moderna: edificios de piedra, hierro y vidrio recorridos por sombras, los hombres modernos. El reino de la esterilidad.

—*Siempre ha tenido un acercamiento a la política desde una perspectiva poética. ¿Por qué Octavio Paz tiene fascinación por la política, si la poesía y la política son dos lenguajes diferentes?*

—La política es fascinante porque nos muestra la faz de la historia. Y la historia es el tiempo humano, el tiempo encarnado en las vidas de unos hombres que son mis contemporáneos. Además, soy hijo de una vieja tradición poética. En Dante la poesía es inseparable de la filosofía, del amor y de la política. Lo mismo ocurre con Milton y, en la edad moderna, con Whitman y con Víctor Hugo. En el siglo XX los ejemplos son tantos y tan conocidos que no vale la pena mencionarlos. Por otra parte, cuando escribo acerca de asuntos políticos, trato siempre de hacerlo en términos políticos y morales. Para mí la relación entre política y moral es esencial. Cada una tiene su ámbito propio pero hay vasos comunicantes entre ellas. Por último: recuerde lo que le dije acerca de la función subversiva, rebelde, de la poesía en el mundo moderno... En realidad, me he ocupado poco de política. Compare mis textos políticos con los que he escrito, en prosa y en verso, sobre otros asuntos: el erotismo, el amor, la antropología, la historia, el fenómeno poético, los poetas contemporáneos, el arte, la vida mexicana. Para mí, la política no ha sido una pasión exclusiva. Ni siquiera una pasión predominante.

—Le preguntaba lo anterior porque hay gente que piensa que una cosa es el poeta Octavio Paz y otra, el pensador político Octavio Paz. Algunos aceptan al poeta, no al político.

—Bueno, es una división lícita pero superficial.

## Izquierda y derecha

—Hace un rato habló de Lenin y Marx. Usted se ha considerado un interlocutor de la izquierda: ¿por qué?

—Porque nací con la izquierda. Me eduqué en el culto a la Revolución Francesa y al liberalismo mexicano. En mi juventud hice mía la gran y prometeica tentativa comunista por cambiar al mundo. La idea revolucionaria fue y es un proyecto muy generoso. Mis afinidades intelectuales y morales, mi vida misma e incluso mis críticas, son parte de la tradición de la izquierda. No olvide que lo que hoy llamamos *izquierda*, comenzó en el siglo XVIII como un pensamiento crítico. La gran falla de la izquierda —su tragedia— es que una y otra vez, sobre todo en el siglo XX, ha olvidado su vocación original, su marca de nacimiento: la crítica. Ha vendido su herencia por el plato de lentejas de un sistema cerrado, por una ideología... Mi diálogo con la izquierda se ha transformado con frecuencia en disputa pero nunca se ha interrumpido. Al menos por mi parte. En mi fuero interno converso y discuto silenciosamente con mis adversarios. Son mis interlocutores... Se trata de un diálogo en vías de extinción: pronto no habrá derecha ni izquierda. De hecho esa división ha desaparecido casi enteramente en Europa.

Los grandes temas que, muy probablemente, apasionarán a la gente en el siglo XXI serán muy distintos a los que han preocupado a la izquierda en el siglo XX. Me refiero a temas no previstos por el pensamiento marxista, como la cuestión ecológica. En el siglo XXI los hombres se enfrentarán a una gran amenaza, tal vez la más grave de nuestra historia desde el período paleolítico: la supervivencia de la especie humana. No pienso nada más en las terribles y tal vez irreparables destrucciones del medio natural por la alianza de la técnica y el espíritu del lucro del régimen capitalista, sino también en otros peligros: los avances de la biología genética y la tentativa por *manufacturar* —ésta es la palabra— artefactos inteligentes. Nos amenaza una nueva barbarie fundada en la técnica.

—Ahora mismo, con esas predicciones, usted sigue siendo un interlocutor muy incómodo para la izquierda, ¿no cree?

—No he sido ni soy más incómodo que León Trotski. El revolucionario ruso nunca dejó de ser de izquierda y, sin embargo, fue visto como un verdadero demonio. No oso compararme con Trotski sino que subrayo, con

su ejemplo, la incapacidad que ha mostrado la izquierda para soportar a sus críticos. Nietzsche decía que el valor de un espíritu se mide por su capacidad para enfrentarse a la crítica, asimilarla y transformarla.

—*Usted ha modificado mucho su pensamiento político en relación al comunismo. Sus críticas empezaron por los años cuarenta.*

—Mis primeras dudas comenzaron en España por los métodos abominables que emplearon los comunistas para combatir a la oposición de izquierda, es decir, a los anarquistas, al POUM y a los trotskistas. Después, la disputa entre los estalinistas y los trotskistas me abrió los ojos sobre muchas cosas. Hice más las críticas del trotskismo al estalinismo. Posteriormente, asumí las críticas al trotskismo de mucha gente que no era trotskista, como Víctor Serge. Mi gran ruptura ocurrió al comenzar la década de los años cincuenta, cuando descubrí la existencia de campos de concentración en la Unión Soviética.

—*Con todo respeto, Don Octavio, ¿le parece aplicable a su persona el término de anticomunista?*

—No. Es reducirme a una actitud muy negativa e ignorar todo lo que he querido ofrecer de positivo. Es tonto y mezquino llamarme anticomunista. Tonto porque no me define; mezquino porque se me quiere reducir a un *anti*.

—*¿Cómo se definiría a nivel político?*

—No quiero ni puedo definirme. No sé cómo podría hacerlo. Cada hombre es un ser complejo y difícil de entender. Yo no soy una excepción.

—*¿No teme, como usted dijo de Trotski, morir en «una cárcel de conceptos»?*

—Yo no tengo un sistema hecho de conceptos. Trotski fue un pensador notable, un gran dirigente y un gran estratega. Una figura admirable y patética. Yo soy apenas, si algo soy, un poeta. No postulo ningún absoluto. Trotski murió encerrado en la convicción de que la revolución era la verdad histórica del siglo XX; hoy sabemos que se equivocó. Lo repito: sólo soy un poeta...

—*Un poeta que defiende con una gran pasión su pensamiento político.*

—Sí, pero no como si fuese una verdad absoluta. Mis ideas son opiniones. Las defiende y las he defendido por fidelidad a mi verdad relativa. Esto me ha convertido en una persona difícil, detestada por mucha gente. Lo siento. Mi actitud no ha sido la del político ni la del escritor que, en busca del éxito y la fama, adula a sus lectores. Hay que arriesgarse a ser impopular. ¡Qué más quisiera uno que ser querido por todos! No quise hacer una «carrera» literaria: quise ser fiel a mí mismo.

—*Se habla mucho del fin de las utopías. ¿O fin de las dictaduras comunistas? ¿Habrá también fin del liberalismo y del capitalismo?*

—La expresión «fin de las utopías» se ha extendido en todo el mundo. A Marx le habría escandalizado. Y con razón. Él siempre subrayó que su